

Mujeres que construyen la paz. Pensamiento y prácticas

Carmen Magallón Portolés

Directora de la Fundación Seminario de Investigación para la Paz (Fundación SIP), Centro Pignatelli, Zaragoza

Para las mujeres organizadas, para el feminismo, tomar el liderazgo y decidirse a protagonizar la paz siempre ha sido un desafío, un polo de atracción envuelto en polémica. La paz tiene una gran capacidad movilizar a las mujeres, pero a su vez los análisis feministas alertan ante la trampa de considerar que esto es así porque las mujeres son, como siempre ha dicho el orden patriarcal, más pacíficas que los hombres. Es ésta una primera cautela que hay que dejar sentada: las mujeres no son ni más ni menos pacíficas que los hombres. Numerosos hechos de la historia pasada y acontecimientos del presente muestran cómo ellas han ejercido y ejercen la violencia directa participando en todo tipo de grupos armados: ejércitos, guerrillas, grupos terroristas y otros. Además como ya decía Virginia Woolf¹, las mujeres son cómplices de la guerra y hechos violentos de un modo específico y extremadamente grave por sus repercusiones prácticas, y es a través de la admiración que proyectan sobre los hombres que encabezaron las guerras y rebeliones armadas, hombres que anticiparon y extendieron la muerte a su alrededor y que generalmente la historia y las culturas androcéntricas tienden a presentar como héroes.

¹ Woolf, Virginia (1938) *Tres Guineas*, Barcelona, Lumen, 1977.

Entonces, ¿sobre qué bases se apoya el amplio liderazgo de las mujeres a la hora de promover iniciativas de construcción de paz?

En principio, bastaría decir que, como cualquier ser humano, las mujeres son libres de defender lo que quieran. Pero esto no explicaría el interés de separarse y organizarse en grupos de mujeres sólo, para defender causas que son comunes a hombres y mujeres, como es la paz. Hay que decir que éste es un debate que viene de lejos. A principios del siglo XX, algunas feministas, que se consideraban a sí mismas internacionalistas y pacifistas, defendieron que los derechos de las mujeres no se agotaban en la reclamación del voto o la educación. Estas mujeres pensaban que incluido en el estatus de igualdad que reclamaban, estaba el derecho a pensar y decidir sobre cualquier asunto desde su experiencia de mujer, en particular y de un modo destacado sobre la guerra y la paz.

La opción por la paz, una tradición histórica en el feminismo

Las iniciativas de mujeres por la paz no nacen en un vacío, se insertan en una tradición histórica que es importante conocer y transmitir, un feminismo internacionalista opuesto a la guerra y la violencia.

La exclusión del ámbito público situó a las mujeres al margen de las decisiones sobre la guerra y la paz, y fuera de los cuerpos armados. Cuando la conciencia de esta exclusión creció, ellas se organizaron para conseguir los derechos de participación política y social que corresponden a un sujeto libre. Se organizaron como sujeto colectivo en un movimiento, el feminista, que reclamó el voto, la educación y la igualdad con el sujeto varón. En el movimiento por el voto, las sufragistas no se limitaron a reproducir las prácticas existentes en la política de su tiempo. Su acción política creció a través de una serie de

prácticas creativas, que eludieron la violencia como método. Las sufragistas desarrollaron formas de presión y acción pública que eran distintas a las que se conocían en su tiempo. No es de extrañar que Gandhi mantuviera que había aprendido las técnicas de la no violencia y de la desobediencia civil de las mujeres, en particular de las sufragistas británicas. Seguramente por esto, por el origen femenino de estas prácticas, las mujeres fueron entusiastas seguidoras de las propuestas gandhianas.

Una de las iniciativas femeninas más destacadas y significativas desde una perspectiva civilizatoria, nacida del impulso del sufragismo, fue la organización, en plena I Guerra Mundial, del Primer Congreso Internacional de Mujeres. Este congreso marcó un hito simbólico ya que en él se sentaron las bases de un movimiento internacional de mujeres por la paz. Bajo la presidencia de Jane Addams, reformadora social norteamericana, sufragista y antimilitarista, que recibiría el Premio Nobel de la Paz en 1931, alrededor de un millar de mujeres en representación de unas 150 organizaciones de 12 países, beligerantes y neutrales, se reunieron para elaborar una estrategia de paz, protestar contra la locura y el horror de la guerra y hacer un llamamiento a la mediación inmediata de los países neutrales. Mujeres de distintas tendencias apoyaron el Congreso: laboristas británicas, sufragistas y sindicalistas de distintos países, mujeres de organizaciones tan diversas como las Trabajadoras Agrícolas de Hungría, la Liga para la protección de los Intereses de los Niños de Holanda o la Asociación de Mujeres Abogadas de Estados Unidos².

² NASH, Mary (2004) *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Madrid, Alianza, p. 154.

El Congreso de la Haya³ fue un hijo de la Alianza Internacional por el Voto de la Mujer, aunque no recibió el apoyo oficial de todas las organizaciones que la conformaban. De él surgió el Comité Internacional de Mujeres para una Paz permanente. En el siguiente, celebrado en Zurich, en 1919, se creó la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (*Women's International League for Peace and Freedom, WILPF*), una organización con pretensiones de unir dos movimientos que las asistentes al congreso sentían vitalmente vinculados: el movimiento feminista y el movimiento pacifista.

Las fundadoras de WILPF eran mujeres de clase media, con formación académica, algunas de ellas graduadas en Oxford o Cambridge, que hablaban varios idiomas y no se arredraban ante viajes y dificultades. Se orientaban hacia una visión del feminismo que no excluía ningún asunto en la búsqueda de la participación política plena para las mujeres; un feminismo transnacional, que se interesaba por la economía y las relaciones internacionales y que consideraba fundamental establecer acuerdos para afrontar los conflictos internacionales de una manera civilizada. De ningún modo se trataba de «un conjunto de mujeres socializadas para la subordinación amable, reaccionando con el disgusto apropiado a los horrores de la guerra, y ansioso de cumplir el rol maternal de aplicar vendas a las heridas que los muchachos se habían infligido unos a otros»⁴. Creían realmente en la posibilidad de solucionar las disputas de otro modo, a través de un arbitraje internacional, querían influir en la marcha de los acontecimientos y no estaban dispuestas a tener un papel

³ Sobre el Congreso de La Haya, puede verse: BUSSEY, Gertrude y TIMS, Margaret (1980) *Pioneers for Peace. Women's International League for Peace and Freedom 1915-1965*, Oxford, Alden Press.

⁴ Vellacot, Jo (1993) «A Place for Pacifism and Transnationalism in Feminist Theory: the early work of the Women's International League for Peace and Freedom», *Women's History Review*, vol. 2, n.º 1, 23-56, p. 39.

subordinado, aplicándose a las tareas de arreglar los desastres que la guerra causaba.

Las impulsoras del Congreso de La Haya, no estaban allí dejando de lado el feminismo para afrontar cuestiones que podrían considerarse más importantes que los derechos de las mujeres. No. Promovieron el Congreso porque «para ellas la cuestión de la guerra y la paz era una preocupación feminista, un desarrollo lógico de su comprensión de lo que significaba un rol de igualdad, pleno, de las mujeres»⁵.

Sin embargo, la guerra, la Primera Guerra Mundial, dividió a las feministas. Con el transcurso del tiempo muchas sufragistas dedicaron sus esfuerzos a lograr que las mujeres se incorporasen a los trabajos abiertos a ellas en apoyo de la guerra, y a incitar a los varones a alistarse voluntariamente.

Algo parecido sucedió entre las mujeres socialistas europeas de esa época, quienes habían creído que su implicación en este movimiento era en favor de la paz ya que los trabajadores del mundo comprometidos con el socialismo nunca tomarían las armas unos contra otros. En Inglaterra una de las mayores campañas de las mujeres trabajadoras fue la *Cruzada de las Mujeres por la Paz*, iniciada a principios de la guerra y que tuvo su auge en 1917-18.

Aunque después de la I Guerra Mundial, se hizo difícil creer que las mujeres eran una fuerza de paz, ya que las mujeres de ambos lados tomaron parte en la contienda, fabricando las balas que mataron a los hombres, la perspectiva y la capacidad de iniciativa de las mujeres por la paz, reaparece constantemente.

⁵ *Ibíd.*, pp. 28-29.

A lo largo del siglo XX, el protagonismo de las mujeres en la causa de la paz es bien patente: además de las iniciativas mencionadas, durante la Guerra Fría, en Europa, crecieron grupos de mujeres contra la guerra nuclear, entre las que fueron emblemáticas las mujeres del Campamento de Greenham Common, en Gran Bretaña. También surgieron los grupos de Mujeres de Negro, extendidos hoy por un gran número de países en el mundo y que, entre otras opciones, también se declaran feministas. Surgieron grupos como las Madres y abuela de Plaza de Mayo, la Coordinadora de Viudas de Guatemala (CONAVIGUA), la Coordinadora de Madres del Salvador (COMADRES), la Ruta Pacífica de las Mujeres Colombianas; Bat Shalom, en Palestina; grupos en Irlanda, en Chipre, en Liberia, en Somalia...

La implicación femenina en la construcción de la paz se expresa en el trabajo de base que llevan a cabo tenaz y creativamente grupos de mujeres extendidos por todo el mundo, grupos en los que crecen prácticas alternativas y visiones contrapuestas al belicismo. Las filosofías y los objetivos que les guían son diversos, aunque en general comparten el intento de deslegitimar la lógica que pone en juego la vida de los seres humanos para perseguir intereses materiales, ideológicos, de poder o de soberanía. Las mujeres se organizan: a) Para oponerse a la guerra o las políticas militaristas y de agresión que llevan a cabo sus gobiernos o sus grupos de pertenencia. b) Para acercar, a través de la relación y la búsqueda de puntos comunes, a personas de grupos enfrentados, de los que ellas forman parte. Para romper las barreras entre bandos que pelean y acercar comunidades divididas. c) Para la búsqueda de soluciones no militares a conflictos estructurales. d) Contra la impunidad: para que no se repitan los genocidios, las desapariciones y las

persecuciones sufridas por determinados grupos humanos. e) Para apoyar a mujeres que viven en situaciones de guerra o de falta de libertad y derechos humanos, en países distintos al suyo. f) Para lograr que el trabajo de base de las mujeres cuente en la toma de decisiones (trabajo de *lobby*, por ejemplo el que lleva a cabo UNIFEM, mujeres del Parlamento Europeo, y algunos grupos y mujeres de EEUU)⁶.

Mujeres y paz: unidas simbólicamente y excluidas de la tradición política

Una potente asociación simbólica liga a las mujeres con la paz. La identificación entre mujeres y paz, que pese a no ajustarse al comportamiento estricto de las mujeres de carne y hueso ha persistido en el tiempo, se apoya sobre dos bases. Una, su histórico alejamiento de los aparatos del poder, de los ámbitos donde se toman las decisiones y de los cuerpos armados institucionales; aún hoy, las mujeres siguen estando ausentes o teniendo un peso menor en la toma de decisiones acerca de la guerra, la diplomacia y los asuntos internacionales. Y dos, la experiencia de la maternidad para una mayoría de mujeres. Subyacente está la idea de que las mujeres por el hecho de ser capaces de dar la vida, son más pacíficas que los hombres, que ser madre y combatiente es una contradicción en los términos.

La atribución a las mujeres de un papel especial en relación con la paz puede decirse que entra dentro de los estereotipos de género, una de cuyas modalidades es precisamente la dicotomía mujer pacífica/hombre violento. En ella, a la mujer se le atribuyen los trabajos del ámbito doméstico relacionados con el cuidado de los seres humanos, la mayor cercanía al cuerpo, el énfasis en los sentimientos y afectos, y coherentemente con esto una predisposición

⁶ Véase Magallón, Carmen (2006) *Mujeres en pie de paz*, Madrid, Siglo XXI.

hacia las opciones pacíficas. Al hombre le corresponderían los trabajos del ámbito público, la producción en su sentido amplio, el dar más peso a la razón y las leyes, y una identificación con la noción de poder que le empuja al ejercicio de la dominación y, llegado el caso, al recurso a la violencia. La mujer como ‘alma bella’ y el varón como ‘guerrero justo’, son dos paradigmas contrapuestos, cuya construcción puede rastrearse en la tradición del pensamiento occidental. Como dos caras de una misma moneda, se realimentan y se refuerzan mutuamente⁷.

Esta unión simbólica entre mujeres y paz fue acompañada de la exclusión de ambas del ámbito de la política. La tradición que excluye a las mujeres es la misma tradición política que excluye a la paz: Maquiavelo, Clausewitz y la inevitabilidad de la guerra, Bismark y la *realpolitik*. Todavía hoy la política internacional considerada realista, práctica y patriota, se asienta sobre el derecho a la guerra y esta cercanía simbólica entre paz y mujeres constituye una fuente de resistencias a la universalización del valor de la paz cuya asociación con lo femenino equivale en la práctica a una devaluación.

La potente asociación simbólica entre mujeres y paz se mantiene de modo persistente pese a chocar con abundantes datos de la realidad, tanto de la historia pasada como de la más reciente. Éstos ponen de manifiesto la participación y el apoyo de las mujeres a la guerra, en formas muy variadas: ya sea como combatientes en los distintos grupos armados, ya sea sosteniendo la producción de la munición, ya dando apoyo logístico a los contendientes o del

⁷ “Hegel caracteriza el ‘alma bella’ por un modo de conciencia que le permite (a él o a ella) proteger ‘la apariencia de pureza’ por medio del cultivo de la inocencia acerca del curso de los acontecimientos históricos del mundo”. Cfr.: Elshtain, Jean Bethke (1995) *Women and War*, Chicago, The University of Chicago Press, p. 4.

modo particularmente específico señalado por Virginia Woolf en 1938: admirando a los héroes.

La exclusión de las mujeres fue naturalizada, como condición unida a su sexo. La naturalización es un método de legitimación social de la desigualdad que actúa en contra de la libertad humana y del cambio social. Naturalización, asociación mujeres-paz y discriminación-devaluación de la naturaleza, de las mujeres y de la paz, son un cuerpo de pensamiento simbólico interrelacionado.

El determinismo biológico implícito en esta caracterización dicotómica ha sido ampliamente criticado desde distintas disciplinas científicas por las corrientes de pensamiento feministas. La afirmación de Simone de Beauvoir de que la mujer no nace sino que se hace puede hacerse extensiva al varón. Pues los varones también fueron naturalizados. Debido a su sexo, fueron obligados a hacer el servicio de armas, lo que también les servía para ser reconocidos como ciudadanos. La diferencia es que esta característica natural, su sexo-varón que lo liga a la fuerza le concede una posición de poder que se niega a las mujeres.

Servicio de armas y ciudadanía, en el legado ilustrado están unidos. En razón de su sexo, las mujeres fueron excluidas del servicio de armas, excluidas de la ciudadanía y de los espacios públicos y relegadas al papel de madres en un sistema que concedía -y concede- más valor a arriesgar la vida y sobre todo al poder de quitarla, que al mismo hecho de darla.

El mantenimiento de la dicotomía mujer pacífica-hombre violento no favorece el avance de una cultura de paz, sino que lleva en sí el germen del mantenimiento del actual estado de cosas y de relaciones en el mundo. La crítica de esta dicotomía efectuada por los estudios feministas está aportando

argumentos para desvincular el valor de la paz de un estereotipo y, desde perspectivas no androcéntricas, está también empujando para rescatarlo de la devaluación y defenderlo como un legado que merece ser convenientemente universalizado.

En resumen, la asociación mujer-paz entra dentro de los estereotipos de género, una de cuyas modalidades es precisamente la dicotomía mujer pacífica/hombre violento. Dicotomía que, hay que insistir, no favorece en absoluto la construcción de una cultura de paz, necesitada por igual de las aportaciones de hombres y mujeres.

Los análisis aportados por los estudios feministas, en particular la profundización en el carácter y mecanismos de exclusión femenina, permiten comprender las resistencias a la paz que derivan de los avatares de una exclusión compartida. De modo similar, los argumentos, teorías y movimientos sociales que persiguen la inclusión de las mujeres en la comunidad política, y la transformación de la política y la formulación de los derechos a la luz de su experiencia, están sirviendo y contribuyendo a la inclusión del valor de la paz en la comunidad de los derechos.

Exclusión y extrañeza: la paz es una opción libre para las mujeres

A los grupos excluidos (a la clase obrera, a las mujeres...) se les ha atribuido una capacidad especial para promover el cambio social, al estar en situación de ejercer una crítica no asimilada a lo existente. Los grupos excluidos guardan en sí un potencial de cambio porque la situación objetiva, material, en la que se hallan, permite ver los fallos del sistema y despierta la capacidad para proponer alternativas. La exclusión origina una forma diferente de ver las cosas, de ver la realidad. Ya Virginia Woolf escribió que las mujeres, excluidas

en su tiempo de los derechos de igualdad política, pertenecían en verdad a otra sociedad, a la Sociedad de las Extrañas, al ser extrañas al orden social establecido. Esta extrañeza, todavía se arrastra hoy, aunque sea en el plano simbólico. Se arrastra como un déficit que limita y también como una capacidad que posibilita a las mujeres optar por prácticas creativas de actuación social. Actuar desde la exclusión encierra un enorme potencial de cambio.

Negar una predisposición natural de las mujeres hacia la paz, no equivale a negarles su opción de constituirse en sujeto colectivo de construcción de paz. Un sujeto que, precisamente por su tradicional marginación política puede ser percibido como ajeno a la influencia de los actores más polarizados en el conflicto. A menudo, las iniciativas para hacer la paz que vienen de parte de las mujeres merecen a la comunidad una mayor confianza que aquéllas que provienen de la élite política. Como extrañas a las estructuras políticas patriarcales, las mujeres tienen la libertad de proponer y llevar a cabo soluciones innovadoras ante los conflictos. Pueden buscar sus propias palabras y tratar de no transitar por los errores de los varones. Es lo que hacen muchos grupos de mujeres por la paz: desarrollar iniciativas enfocando el problema desde una lógica y una perspectiva radicalmente diferente.

Algunos ejemplos

Las experiencias de acción de las mujeres a favor de la paz, no suelen estar en el centro de la escena política. Sea por las características que tiene su intervención en el ámbito público, sea por su tradicional exclusión de las esferas de poder, de la toma de decisiones, lo que ellas hacen no se ha recogido ni suele incluirse en la corriente principal de la historia o de la realidad

actualizada. Y, sin embargo, a menudo, iniciativas y acciones crecidas en sus manos, han ejercido y ejercen el papel de grieta que permite horadar un muro inaccesible.

En el estudio de casos realizado por Anderlini (2000), se agrupan ejemplos de procesos de paz en distintos países: en Sudáfrica, Irlanda del Norte y Guatemala, la fuerza de los movimientos de mujeres fue llevada al proceso de negociación de la paz. Puede observarse que aunque con cierta lentitud, la tendencia es hacia una creciente inclusión de mujeres en los procesos de paz y en la mesa de negociación.

SUDÁFRICA

Un caso ejemplar fue el sudafricano, un país en el que las mujeres involucradas en la política recibieron la fuerza del movimiento de mujeres, llegando a alcanzar altos puestos en organizaciones como el Congreso Nacional Africano (CNA) (*African National Congress, ANC*). En los años previos a las elecciones de 1994, las activistas formaron una fuerte Coalición Nacional de mujeres que se unieron por encima de las líneas divisorias de estatus social y adscripción política. Dos organizaciones, la llamada *Black Sash*, integrada mayoritariamente por mujeres blancas, casadas con hombres de negocios y la Unión de Trabajadoras Domésticas, formada por mujeres negras formaron una federación *anti-apartheid*:

«Nunca antes se habían hablado, y ahora eran parte de una coalición en la que la presidenta era una trabajadora doméstica. Juntas, las pobres y las ricas llegaron a ser conscientes de que habían sufrido de manera similar. Se dieron cuenta de que hombres ricos y pobres pueden tratar a

las mujeres del mismo modo humillante. Ahora estaban juntas por una cuestión de dignidad»⁸.

La Coalición movilizó el apoyo de los grupos de base para una propuesta del CNA que planteaba que las mujeres debían estar representadas en condiciones de igualdad en las negociaciones. No estaban dispuestas a que sucediera lo que habían visto en situaciones similares, en las que las mujeres, después de haber hecho las mismas contribuciones y sacrificios que los hombres en la lucha por la liberación, habían sido apartadas de la mesa de negociación y relegadas en la sociedad emergente. Uno de los resultados de su participación en el proceso de paz fue el aumento de su presencia en las instituciones. En las primeras elecciones democráticas, en 1994, las mujeres pasaron a tener el 24% de los puestos de la Asamblea Nacional y el Senado, cuando en la época del apartheid sólo tenían el 2,8%. Cheryl Carolus, que en 1994 fue elegida *Deputy Secretary General* del Congreso Nacional Africano, dice que, además de en la sociedad civil, gran parte del proceso de negociación se dio en las estructuras del propio partido que encabezaba el cambio, en el CNA.

El proceso de paz sudafricano fue un ejemplo de participación política a todos los niveles⁹, que alumbró propuestas innovadoras para afrontar el pasado y el futuro, como la Comisión de la Verdad y la Reconciliación; en ella las mujeres tuvieron un importante papel, fueron el 41% de los comisionados y aportaron el 56,5% de los testimonios de los más de veinte mil presentados. Su actitud y

⁸ ANDERLINI, Sanam Naraghi (2000) *Women at the Peace Table. Making a Difference*, Nueva York, The United Nations Development Fund for Women (UNIFEM), p. 14.

⁹ Véase BARNES, Catherine (ed.) (2004) *Haciendo propio el proceso. La participación ciudadana en los procesos de paz*, Gernika-Lumo, Gernika Gogoratuz.

facilidad para establecer relaciones empáticas ayudó a la creación de un clima favorable para testificar. Las estructuras separadas para las mujeres, como la Audiencia de Mujeres de Johannesburgo, proporcionó un espacio adecuado para aportar testimonios acerca de los crímenes cometidos contra las mujeres en la época del apartheid y de este modo una visión más completa de lo que sucedió¹⁰.

IRLANDA DEL NORTE

Otro caso en el que la unión de las mujeres logró que éstas entraran a formar parte de la mesa negociadora es el de Irlanda del Norte. Durante décadas, católicas y protestantes trabajaron juntas por el diálogo y la colaboración entre las dos comunidades. En 1976, las actividades e iniciativas desplegadas por Betty Williams y Mairead Corrigan, de *Mujeres Irlandesas por la Paz*, les hicieron merecedoras del Premio Nobel de la Paz.

En 1996, el mediador internacional en el conflicto, Georges Mitchell, puso como condición para participar en la mesa de negociaciones que los nominados por las partes tenían que ser representantes elegidos en las urnas. Con este requisito los diez mayores partidos no tenían problema para ser incluidos pero las mujeres carecían de una opción política propia. Ante este vacío, un grupo de activistas convocó una reunión a la que asistieron más de doscientas organizaciones de mujeres de ambas comunidades. El resultado fue la creación de la Coalición de Mujeres de Irlanda del Norte (*Northern Ireland Women's Coalition, NIWC*). La Coalición se presentó a las elecciones y

¹⁰ BOGODO-MADIKIZELA, Pumla (2005) *Women's Contributions to South Africa's Truth and Reconciliation Commission*, Women Waging Peace, The Hunt Fund.

consiguió dos escaños; este resultado les aseguró un lugar en la mesa de negociaciones.

Annie Campbell, sindicalista y feminista, de origen protestante, una de las que participó en las conversaciones que condujeron a las negociaciones de Viernes Santo, en nombre de la Coalición de mujeres, explica que ellas operaron como mediadoras, insistiendo en los derechos humanos y la inclusión: todos tenían que estar en las conversaciones. Helen Jackson, parlamentaria británica que trabajó de cerca con las organizaciones de mujeres en Irlanda del Norte, declaró que las preocupaciones que ponen las mujeres sobre la mesa de negociación son, a menudo, muy diferentes a las de los hombres. Para muchas, importa más la educación y el cuidado de los hijos y la situación de su hogar que otras cuestiones.

PALESTINA-ISRAEL

En muchos conflictos violentos, la acumulación de muertes y afrentas crea un abismo entre las comunidades. Las decisiones de los líderes y responsables políticos influyen y son influidas por la situación subjetiva de las comunidades. El establecimiento de lazos, relaciones y acciones conjuntas entre grupos de las comunidades enfrentadas puede acercar la solución del conflicto. La acción de la sociedad civil organizada, reclamando y buscando apoyos a todos los niveles para salvar los obstáculos que se oponen a una salida negociada al conflicto, influye en el tejido social y en la posición subjetiva de la población, se pone de manifiesto en los resultados ante consultas o referéndums, en manifestaciones o discursos en los medios de comunicación e influye también en las opciones de los líderes, ya que finalmente tiene también su traducción en votos. Política, no es sólo lo que hacen los políticos.

Sumaya Farhat-Naser, palestina de los territorios ocupados y directora del *Jerusalem Center for Women*, ha documentado los esfuerzos y dificultades vividos por mujeres israelíes y palestinas en la búsqueda de una paz justa para sus pueblos.

Las mujeres palestinas e israelíes comenzaron a reunirse y a negociar entre ellas, ya desde 1988, cuando se crea el grupo de Mujeres de Negro. En los tiempos en que esas conversaciones estaban prohibidas en Palestina y eran ilegales en Israel, se reunían en secreto para hablar, en casas particulares y en iglesias. Luego se encontraron en Basilea, Berlín, Bruselas, Bolonia y otras ciudades europeas. En 1992, en Bruselas, habían establecido los principios políticos básicos para llevar a cabo un trabajo conjunto por la paz. Para Sumaya, una de las participantes en la reunión, estos principios,

“crearon un marco vinculante y nos ofrecieron orientación para el trabajo en común: igualdad y paridad de nuestros dos pueblos, el reconocimiento mutuo de los estados nacionales de Palestina e Israel, así como la confirmación de Jerusalén como ciudad abierta que pertenece a ambos y que debe ser la capital de los dos estados. Estos principios nos ofrecían protección frente a las acusaciones de traición de nuestra propia gente, al mismo tiempo que se daba también una legitimación política a nuestro trabajo y se preparaba el camino para una aproximación. Debían contribuir a la construcción de una paz segura, sin violencia y en justicia. Además de los principios políticos del diálogo, las mujeres pacifistas desarrollaron principios de comunicación, que debían servir al mismo

tiempo como barandillas para poder mantener distintos equilibrios en las conversaciones”¹¹.

En 1994, con el apoyo de la Comisión europea, se crean dos centros de mujeres, uno en la Jerusalén Este palestina, *Jerusalem Center for Women* y otro en la Oeste, israelí, *Bat Shalom*, que dieron lugar a *Jerusalem Link*. Las mujeres de los dos centros, ligadas a partidos y también al Parlamento de Israel, con amplios vínculos internacionales, desarrollaron a lo largo de los años un diálogo constante, que se llevó a cabo sobre todo por escrito, a través de cartas y declaraciones.

“Cuando empezamos a escribir juntas, queríamos escribir sobre los conflictos que habíamos aplazado. Debíamos poder reconocer que había conflictos y abordarlos. El encuentro empieza con el reconocimiento mutuo.

Todos esos conflictos, una vez puestos por escrito, discutidos, disputados y debatidos y quizá no solucionados, son como retales de tela con los que se puede confeccionar el tapiz de la paz. La paz no se construye sólo con acuerdos que se firman ante las cámaras, en la Casa Blanca, o mediante mapas que, trazados por los militares, deciden sobre el fin de la guerra. La paz es también la red de relaciones, la maraña de hilos, que ensambla amistades y malentendidos, y que a veces tienen muchos lazos y nudos. Esos hilos forman juntos un tejido que nos protege y da expresión a nuestro convencimiento de que podemos vivir aquí juntos en paz”¹².

¹¹ FARHAT-NASSER, Sumaya (2006) *En la tierra de los olivos. Una historia de mujeres por la paz* (prólogo y traducción de Anna Tortajada) Barcelona, El Aleph, pp. 88-89.

¹² *Ibíd*, pp. 86-87.

Llevaron a cabo una campaña conjunta bajo el lema “Compartir Jerusalén”, que entrañó no pocas dificultades, empezando por el significado de la palabra ‘compartir’, que para cada una significaba algo distinto.

“El proyecto “Compartir Jerusalén” puso de relieve las cuestiones fundamentales: ¿Cómo gestionar la asimetría existente entre israelíes y palestinas? ¿Cómo conseguiríamos construir una camaradería entre iguales? Todas nosotras, de entrada, habíamos contemplado Jerusalén como una propiedad y, sin embargo, habíamos llegado a un punto en que se había impuesto el convencimiento de que la ciudad debía ser compartida. ¿Cómo influiría eso en la historia de nuestras vidas personales?”¹³.

Gila Svirsky, directora de Bat Shalom, había expresado así las diferentes expectativas ante el trabajo por la paz:

“Las mujeres israelíes buscan el diálogo con las palestinas para poder dormir mejor. Las palestinas participan en nuestros grupos de diálogo para impedir a las israelíes poder dormir tranquilas por las noches. Ellas exigen que se hable de las cuestiones políticas, mientras que las israelíes quieren cultivar amistades. Quieren tomar café juntas, hablar de los niños, de los libros buenos que han leído, o sobre temas de mujeres y en particular sobre la violencia contra las mujeres”¹⁴.

Las diferentes motivaciones ponían de relieve las dificultades del diálogo que llevaban entre manos y las decepciones eran constantes. Hicieron cursos y entrenamiento para preparar a las mujeres para el diálogo y el análisis político.

¹³ *Ibíd.*, p. 72.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 73.

“En los cursos defendíamos, con todo convencimiento, que cada persona tiene derecho a fracasar, a cometer errores y a decir disparates. Eso es humano y provoca la reflexión compartida, ayuda a asimilar los fracasos y a no derrumbarse, e infunde valor para realizar otros intentos. Aprender a escuchar no significa tener que aguantar sin más, sino tratar de sobrellevar la situación cuando alguien pronuncia alguna palabra problemática o alguna frase ofensiva. En ese caso, cada persona debe luchar contra su propia susceptibilidad y partir del supuesto de que la persona que habla sólo se ha expresado con esas palabras porque no posee un conocimiento suficiente sobre la otra parte. Así adquirimos la capacidad de mirar a las otras a los ojos, con confianza en nosotras mismas, y a reaccionar con calma durante las conversaciones”¹⁵.

La muerte de Hagar Roublev, pacifista israelí fundadora de Mujeres de Negro, fue un momento para compartir un duelo. Sumaya quería ir al entierro, un gesto que era muy peligroso para ella. Lo consultó con la Junta Directiva del Jerusalem Center for Women, y le dijeron que escribiera a su familia una carta de condolencia.

“Naturalmente lo hice, pero tenía la necesidad y el deseo de hacer más por Hagar...Entonces llamé a Hanan Ashrawi, una de las fundadoras de Jerusalem Link, y le pregunté si podía aventurarme a dar ese paso. Hanan me dio un buen consejo:

Haz lo que te parezca correcto- me respondió.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 91.

Tuve claro que era responsabilidad mía dar esa muestra de humanidad y decidí ir al entierro en compañía de otras dos colegas del Jerusalem Center for Women. El entierro, que tuvo lugar en un kibutz del norte de Israel, me recordó una manifestación de paz (...)

Por primera vez en mi vida sentí la fuerza de la aflicción compartida. Compartir las alegrías es más fácil, pero compartir la aflicción aproxima a las personas. Creo que esto es particularmente válido para aquellos que son considerados enemigos. Fue un regalo que Hagar me hizo. Nos lo hizo a todos nosotros”¹⁶ pp. 98-99.

En 2001, tras el comienzo de la Segunda Intifada, se rompen los programas conjuntos. Svirsky y Farhat-Naser habían dejado de ser directoras en sus respectivos centros. Dentro del diálogo que llevaron a cabo durante años, escribieron una declaración conjunta, con el título: “Nos negamos a ser enemigas”.

En la declaración condenan toda forma de violencia, brutalidad y terrorismo, vengas de parte de grupos, gobiernos, ejércitos o personas individuales:

“Estamos hartas de muertos en ambos lados. Demasiados niños palestinos e israelíes han muerto, han quedado huérfanos o tullidos para el resto de sus vidas. Demasiados de nuestros hijos, padres y hermanos han matado. Porque la guerra no sólo convierte en víctima a los inocentes, también embrutece a los que dirigen la guerra”¹⁷.

Reconocen el esfuerzo realizado por mujeres israelíes y palestinas, para mantener el diálogo. Unas y otras trataron de contrarrestar

¹⁶ *Ibíd.*, pp. 98-99.

¹⁷ *Ibíd.*, pp. 199-201

“la demonización del otro que se fomenta en la opinión pública, por parte de ambos lados. Hemos fomentado el diálogo entre mujeres palestinas e israelíes, hemos expresado nuestras condolencias por teléfono a las familias de las víctimas de ambos lados, hemos sido detenidas, porque protestar no forma parte del consenso nacional, y hemos exigido alto y claro una solución justa.

(...) Aunque hubo diferencias de opinión y debates, y a menudo nuestras conversaciones se celebraban en circunstancias dolorosas, siempre nos hemos mantenido fieles a una concepción común de la paz. Si dependiera de nosotras, hace tiempo que habríamos llegado a un acuerdo de paz que regulara los difíciles problemas que hay entre nuestros dos estados”.

(...)

El movimiento de mujeres pacifistas en Palestina y en Israel cree que ha llegado el momento de poner fin al derramamiento de sangre. Ha llegado el momento de rendir nuestras armas y nuestros miedos. Nos negamos a aceptar aún más guerra en nuestras vidas, en nuestras comunidades, en nuestras naciones. Nos negamos a aceptar la violencia. Nos negamos a ser enemigas”¹⁸ .

Una racionalidad civilizatoria

Más allá del logro de una paz concreta, del logro de hacer las paces, los grupos de mujeres por la paz están haciendo visible una racionalidad diferente, que puede ser clave para la supervivencia del planeta.

¹⁸ *Ibíd.*

La tradición feminista contra la violencia se ha nutrido de pensadoras y activistas extrañas a la racionalidad bélica, que trataron de convencer al mundo de la locura de la guerra. Su bagaje no está solo en los grupos organizados sino que impregna la experiencia de las mujeres, el quehacer cotidiano de tantas mujeres cuya dedicación es crucial para el sostenimiento de la vida.

¿Por qué las mujeres cuando sabemos que somos plurales y nuestra experiencia es múltiple, atravesadas como estamos por variables de clase, culturales, etc.? Sabemos que las que pertenecen, por ejemplo, a la Asociación Nacional del Rifle, en EEUU, poco comparten con las integrantes de la Coalición para el Control de Armas de Australia. Sin embargo, lo que sí puede decirse es que tanto en el pasado como en el presente, si algo comparten las mujeres del mundo es el haber sido socializadas de un modo diferente a los varones, el haber sido objeto de una norma diferente a la del varón. Esta doble norma produce una división de las actividades y formas de vida de unos y otras que rige de un modo obligatorio en las sociedades tradicionales y de forma más débil o sutil en las sociedades liberales. La norma de las mujeres ha conllevado la exclusión del mundo público, de la toma de decisiones, lo que justifica el que, aún en sociedades en las que ya hay una igualdad ante la ley, todavía se arrastra un poso de extrañeza, una ajenidad ante las instituciones y las dinámicas que fueron construidas a la medida del varón. Y si ante algo la exclusión nos convirtió en extrañas, es ante la lógica de la guerra y la violencia.

¿Por qué somos especialmente extrañas a la lógica de la guerra y la violencia, pese a ser capaces de ejercerla?

Una explicación plausible es que somos extrañas a la lógica que produce la muerte, porque nuestra experiencia corporal y normada ha tenido la vida como eje central¹⁹. La feminista sudafricana blanca Olive Schreiner escribió que una mujer siempre sabe lo que cuesta una vida y que es más fácil destruirla que crearla. Traer vida al mundo cuesta a las mujeres que deciden ser madres sudor, angustia y a menudo, cuando las condiciones sanitarias son inadecuadas, como sucede todavía en muchos lugares del mundo, la muerte. Pero lo que cuesta sobre todo, más que dar la vida es cuidarla: tiempo y esfuerzos invertidos en la crianza y el cuidado de los seres humanos, que ya sabemos están a cargo mayoritariamente de las mujeres. Esto, efectivamente, no concede a las mujeres ninguna virtud ni mayor piedad o menor crueldad pero sí un mayor conocimiento de lo que significa destruir una vida humana. Por este conocimiento, si las mujeres tuvieran plena voz en el gobierno de los estados, finalmente, siempre según Schreiner, se derivaría el fin de la guerra y el rechazo de la violencia²⁰.

Por su experiencia de exclusión y por la dedicación al cuidado de la vida humana, son muchas las mujeres que deciden unirse, organizarse y protagonizar iniciativas para impulsar la paz. Un empeño que no es nada fácil. En sociedades marcadas por la búsqueda de la igualdad acrítica, pueden acusarte de asumir los estereotipos que la tradición patriarcal asignó a las mujeres. Quienes así piensan están primando una libertad para las mujeres

¹⁹ Elena Grau habla de que la experiencia de las mujeres está más cercana a los cuerpos, a los seres humanos de carne y hueso: Grau, Elena (2001) “No prescindir de los cuerpos”. *En pie de paz*, nº 53, 66-68.

²⁰ Citado en Ruth Roach Pierson (1987) “‘Did your mother wear army boots?’ Feminist theory and women's relation to war, peace and revolution”. En Sharon McDonald, Pat Holden and Shirley Ardener (ed) *Images of Women in Peace and War. Cross-Cultural and Historical Perspectives*. London, 1987 MacMillan Education, p. 212.

marcada por la necesidad de demostrar constantemente que podemos hacer lo que siempre hicieron los hombres, una libertad que acaba por no ser tal. Porque las mujeres no tenemos por qué demostrar nada. Ser protagonistas de la paz es una opción coherente con nuestra experiencia civilizatoria de cuidado, pero es una opción libre. No todas las mujeres la eligen, ni tampoco todas las feministas. No obstante, anima a tomarla saber que quienes lo hacen logran en muchos casos mayor autoridad ante la comunidad y avances insospechados, avances que la política instalada en los viejos esquemas de rivalidades ideológicas, partidistas y de bandos, no siempre es capaz de alcanzar.

La Resolución 1325 del Consejo de Seguridad

El enorme trabajo por la paz que llevan a cabo las mujeres no tiene su correlato en el nivel de la toma de decisiones. La tarea de construir la paz habría de recaer en el conjunto de la sociedad, pero al igual que sucede con las decisiones sobre el inicio de la guerra o la responsabilidad de las hostilidades, los avances o estancamientos en el proceso de negociar la paz se encuentran predominantemente en manos de los hombres. El protagonismo de las mujeres en las organizaciones civiles y de base, no es fácilmente trasladable a la mesa de negociaciones. Existen resistencias por todas partes: por la inercia del poder establecido, por las facciones que contienden y por las propias mujeres que a menudo no quieren sentarse con los líderes responsables de los crímenes de ambos lados.

El principal argumento para defender la participación de las mujeres en los procesos de paz sigue siendo la equidad, el derecho que tenemos a participar, un derecho que es evidente pero que hay que reafirmar porque la tradición

patriarcal de la mayoría de las culturas no lo ha reconocido en el pasado y aún en el presente existen resistencias a hacerlo. A lo que puede añadirse el hecho constatado de que las mujeres llevan a la mesa de negociación temas y asuntos que ningún otro actor suele llevar. Ahora bien, no basta con estar, para influir efectivamente en los acuerdos, según Luz Méndez, participante en las negociaciones de paz de Guatemala, es preciso articular agendas de consenso y una fuerza social y política que las respalde²¹.

El argumento que se esgrime para la exclusión femenina de la toma de decisiones es que son las partes contendientes las que han de negociar la paz, y que la presencia o ausencia de las mujeres no es relevante²². Se olvida que ellas resultan afectadas por los conflictos bélicos de un modo específico, por el papel que se les atribuye y el tipo diferencial de agresiones que sufren. También se olvida que la paz es un proceso que pertenece a las comunidades, no sólo a los líderes y que es importante que todo el conjunto social se involucre en las tres tareas a abordar tras un conflicto armado: la reinserción de los combatientes, la reconstrucción y la reconciliación. Además, frente a una visión limitada de las negociaciones de paz, en la que sólo cuentan los elementos estrictamente bélicos, hay que tener en cuenta que no se trata de un acontecimiento puntual sino de un proceso que va a marcar el futuro desarrollo de la vida del país en cuestión, ya que la paz incluye asuntos como: acuerdos para compartir el poder, para la reconstrucción económica, para la desmovilización y reintegración de los combatientes; legislación sobre derechos humanos, sobre la regulación del acceso a la tierra, a la educación y

²¹ Luz Méndez, Presidenta del Consejo consultivo de la Unión Nacional de Mujeres Guatemaltecas (UNAMG), en su intervención en las Jornadas «Las mediaciones femeninas. Una práctica de paz», Barcelona, 2005.

²² ANDERLINI, *Op. Cit.*

a la salud; el estatus de las personas desplazadas, el papel de la sociedad civil, etc. Es cuando pensamos en las negociaciones como un proceso, del que depende la estructura social que va a reconstruir la convivencia, cuando se ve la importancia de la participación de las mujeres en él.

El apoyo de la Comunidad Internacional es muy necesario en zonas donde la voz de las mujeres es silenciada de manera permanente. Las alianzas transversales, que cruzan niveles y naciones, y circulan desde los movimientos de base a las agencias de Naciones Unidas y viceversa, pasando por la implicación personal de mujeres de reconocido prestigio, pasan a ser decisivas.

El logro que compendia los esfuerzos de las alianzas forjadas durante años en este sentido es la *Resolución 1325* del Consejo de Seguridad.

En mayo de 2000, la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, junto a Amnistía Internacional, el Llamamiento de La Haya por la Paz, Alerta Internacional, la Asociación Internacional de Investigación para la Paz y la Comisión de Mujeres para Mujeres y niños refugiados, crearon la ONG llamada Grupo de trabajo sobre Mujeres, Paz y Seguridad²³. Este grupo unió sus esfuerzos a la División para el Avance de las Mujeres (DAW) y el Fondo para el Desarrollo de las Mujeres (UNIFEM) de Naciones Unidas para incidir en los miembros del Consejo de Seguridad con documentación e informes que destacaban y argumentaban la importancia de la presencia de las mujeres en los procesos de paz. La presidencia de Namibia en el Consejo de Seguridad y la implicación de los medios de comunicación abrirían una ventana de

²³ Sobre el Grupo de trabajo sobre Mujeres, Paz y Seguridad (*Working Group on Women, Peace and Security*), véase la página www.peacewomen.org/un/ngo/wg.html

oportunidad para que el Consejo acogiera las perspectivas de las mujeres sobre la paz y la guerra.

La aprobación de la *Resolución 1325* fue un hito histórico. Por primera vez en sus cincuenta años de historia, en octubre de 2000, el Consejo de Seguridad discutió y aprobó una resolución, la 1325, en la que exhorta al Secretario General y a los estados miembros a actuar para lograr una mayor inclusión de las mujeres en los procesos de construcción de la paz y de reconstrucción post-conflicto. La *Resolución 1325* llama al Consejo de Seguridad, al Secretario General de Naciones Unidas, a los estados miembros y al resto de partes (agencias humanitarias, militares y sociedad civil) a emprender acciones en cuatro áreas distintas que están interrelacionadas:

1. El aumento de la participación de las mujeres en los procesos de paz y la toma de decisiones.
2. El entrenamiento para el mantenimiento de la paz desde una perspectiva de género.
3. La protección de las mujeres en los conflictos armados y en las situaciones post-conflicto.
4. La introducción transversal del género en la corriente principal de recogida de datos y sistemas de información de Naciones Unidas, así como en la puesta en práctica de los programas.

En esta resolución, el Consejo de Seguridad reconoce no sólo que «la paz está inextricablemente unida a la igualdad entre hombres y mujeres» sino que «el acceso pleno y la participación total de las mujeres en las estructuras de poder y su completa implicación en los esfuerzos para la prevención y la resolución

de conflictos, son esenciales para el mantenimiento y la promoción de la paz y la seguridad». El doctor Theo-Ben Gurirab, Ministro de Asuntos Exteriores de Namibia y presidente del Consejo de Seguridad, en el momento en que se aprobó la *Resolución 1325*, lo expresaba de este modo: si «las mujeres son la mitad de toda comunidad..., ¿no han de ser también la mitad de toda solución?»²⁴.

La 1325 es la única resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que celebra la fecha de su aprobación, la única que celebra su cumpleaños. Cada año, cuando llega la fecha de su aprobación, en octubre, el Consejo de Seguridad organiza un debate abierto, al que invita a participar a los Estados miembros y no miembros que lo deseen, a los representantes de las agencias de la ONU y las organizaciones regionales, para analizar los avances habidos en la puesta en práctica de las recomendaciones formuladas en la resolución.

La Resolución 1325 puede ser utilizada como herramienta política de transformación, para vencer las resistencias ancladas en los estereotipos de género que siguen excluyendo a las mujeres en la toma de decisiones en los procesos de paz.

²⁴ Citado en Rehn, Elizabeth y Sirleaf, Ellen J. (2002) *Women War and Peace. The Independent Experts'Assesment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Role in Peace-building*, Nueva York, The United Nations Development Fund for Women (UNIFEM), p. 76.